cionalmente he dejado de citar al jesuita Mariano Cuevas, quien desde el punto de vista de reacción frente al anticlericalismo liberal, es el más representativo, con su *Historia de la Iglesia en México,* ambicioso y bien logrado intento de presentar la acción de la Iglesia Católica a todo lo largo de nuestro devenir nacional; y su *Historia de la Nación Mexicana,* apasionada, encendida, violenta, vigorosa y airada respuesta a *México a través de los siglos* y aún más, a *México su evolución social.*

Otra de las corrientes que fluyen a todo lo largo de lo que llevamos vivido del siglo XX y que nos parece muy importante y característica, es la del indigenismo. Conocemos un magnífico libro: *Los grandes momentos del indigenismo en México,* de Luis Villoro; y, parodiándolo, diremos que el último gran momento del indigenismo mexicano ocurrió al mediar el siglo XX, en las décadas de los cuarentas y los cincuentas; en que el movimiento indigenista no fue tan sólo una corriente intelectual, sino principalmente social; no sólo problema arqueológico, lingüístico, antropológico, etnográfico, folklórico, sino problema humano, problema de caridad; no sólo indagación histórica, sino ansia de acabar con esa tristísima, desesperada, palpitante realidad. Desgraciadamente tan altos ideales se vieron frustrados por la burocracia corrompida. Los más altos exponentes de este movimiento son: como precursores, Manuel Gamio y sus compañeros en la elaboración de *La Población del Valle de Teotihuacán* (1922), entre ellos el gran pintor zacatecano Francisco Goitia, quien vivió y murió en Xochimilco, en gran pobreza, ayudando a los indígenas; Miguel Othón de Mendizábal, de clara filiación izquierdista, talentoso y erudito, Gonzalo Aguirre Beltrán, el primero en estudiar a fondo la población negra en México; el fin o espíritu de Salvador Toscano y la pasión desbordada de Angel María Garibay o la sabiduría aristocrática de Pablo Martínez del Río; y, genial y señero, Alfonso Caso, el más grande de nuestros arqueólogos y alma de este movimiento, fundador del Instituto de Antropología y director, por muchos años, del Instituto Nacional Indigenista. Debemos citar aquí, en lugar destacado, al valiente y ágil periodista, Fernando Benítez, con su obra *Indios de México.* Mencionaremos también a unos pocos de los muchos especialistas en los diversos campos: Eduardo Noguera, Ignacio Marquina, Eusebio Dávalos Hurtado, García Payón, Maldonado Koerdel, Enrique Juan Palacios, de saber enciclopédico, Ignacio Bernal, discípulo predilecto de Alfonso Caso y su más cercano colaborador, Miguel León Portilla, Luis Aveleyra, Román Piña Chán, Medellín Zemil, Corona Núñez, etc., etc. Hay que anotar aquí a Eulalia Guzmán, mujer de gran erudición y talento, pero de pasión doctrinaria tan desbordada, que la pierde. Nuestra Escuela Nacional de Antropología goza de merecido prestigio internacional.

Este movimiento indigenista ha sido reforzado, auspiciado, aplaudido y enriquecido por universidades e instituciones de cultura de los Estados Unidos; y numerosos arqueólogos, lingüistas, antropólogos, folkloristas, etnógrafos, etc., etc., del vecino país, han trabajado en México con gran pasión, usando nuestro indigenismo postrevolucionario y nacionalista como una arma formidable de la Leyenda Negra contra España y el catolicismo, ya que, en la mayoría de los casos, más que indigenismo es antihispanismo.

Paralela a esta corriente indigenista que es, como ya decíamos, expresión de un exaltado nacionalismo antihispánico e importante fuente de la historia oficial, corre otra, no menos impetuosa, apasionada y renovada: la corriente hispanista de signo reaccionario, reaccionario en cuanto pretende moderar o contrapesar el indigenismo exaltado, y que, para conseguirlo, señala y exalta las aportaciones hispánicas a nuestra cultura y a nuestro ser; aunque esta corriente es en general de signo católico y reaccionario, hay en ella muchísimos matices y posturas, que aquí no sería posible analizar. Un numeroso grupo de magníficos historiadores se mueve dentro de ella; los cuales, a base de seria y profunda investigación, hábil manejo de las fuentes primarias y genial intuición, van poniendo al descubierto todo lo que de positivo y dinámico tuvieron los tres siglos novohispánicos. Espiguemos algunos nombres, procurando escogerlos en diferentes áreas de la historia de nuestra cultura y de las diferentes posturas ideológicas: Alberto María Carreño, Manuel Romero de Terreros, Carlos Pareyra, Pablo Herrera Carrillo, Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco, Toribio Esquivel Obregón, Julio Jiménez Rueda, Alberto Escalona Ramos, José Rojas Carcidueñas, Rafael Aguayo Spencer, Francisco de la Maza, Eduardo Enrique Ríos, Josefina Muriel, Manuel Carrera Stampa, Ignacio Rubio Mañé, Salvador Chávez Hayhoe, etc., etc. Lugar separado, no sólo por su posición ideológica, sino por ser uno de los historiadores mexicanos de más sólida formación académica, merece Silvio Zavala, cuya aportación al estudio de las instituciones indianas, es valiosísima. Dentro de esta corriente, o más bien, contra la corriente, los hay furibundamente antihispanistas, dignos sucesores del padre Agustín de Rivera, tales Genaro García, Alfonso Toro y Eulalia Guzmán, los tres zacatecanos, como el que habla. ¡Con cuánta razón decía López Velarde hablando de las gentes de Zacatecas: "Católicos de Pedro el Hermitaño y Jacobinos de época terciaria, y se odian los unos a los otros de buena fe"!

Como se puede ver por todo lo anterior, el campo de la Historiografía mexicana es un verdadero campo de batalla en el que pelean bandos irreconciliables, poniendo en la pelea toda su desbordada pasión: hispanistas

contra indigenistas, liberales contra conservadores, derechistas contra izquierdistas, católicos contra masones o protestantes, juaristas y antijuaristas, iturbidistas contra antiiturbidistas, admiradores de Cortés contra deturpadores.

En 1933, en la ciudad de Oaxaca, se celebró el primer Congreso Mexicano de Historia; y en 1946, en la ciudad de Zacatecas, en su VIII reunión, se constituyó en Asociación Civil.

El congreso ha tenido como sede muchas de las ciudades de la República: Mérida, Guadalajara, Jalapa, Guanajuato, Chilpancingo, Durango, Hermosillo, etc. y ha logrado reunir en sus sesiones a historiadores de los más opuestos bandos y de las más contrarias tendencias; grandes batallas se han librado en sus mesas redondas. El Congreso Mexicano de Historia ha sido de gran significación en la historiografía mexicana. Entre sus promotores y más asiduos participantes, mencionaremos al ingeniero Vito Alessio Robles, al doctor Miguel Domínguez, al ingeniero López Portillo y Weber, a Antonio Pompa y Pompa, habilísimo organizador de reuniones, mesas redondas y congresos, al doctor Jesús C. Romero, al general Manuel Torrea, a Ignacio Rubio Mañé, a Jesús Romero Flores, a Luis Chávez Orozco, a Roberto Ramos, a Wigberto Jiménez Moreno, a Manuel B. Trens, a Pablo Herrera Carrillo, a Eulalia Guzmán, a Arturo Arnaiz y Freg, a Agustín Cué Cánovas, etc., etc. El mayor mérito del Congreso, a mi ver, es el de haber fomentado y orientado los estudios de historia regional, que no de microhistoria como quieren los snobs.

México, a todo lo largo de su historia, se nos ofrece fragmentado y complejo: el México precortesiano sólo fue un polícromo mosaico de pueblos, lenguas, y culturas. El virreinato de la Nueva España, en su división antigua, resultado de las diferentes empresas de conquista y colonización, estuvo formado por cinco reinos y varias provincias o reinos fallidos, cada uno de ellos con marcadas diferencias, características y singularidades; y en su división moderna, en las doce intendencias y las Provincias Internas de tan complicada historia. Después de la Independencia, a la caída del Imperio de Iturbide, cometimos la barbaridad de adoptar como forma de gobierno la república federal representativa, con división de poderes y formada de estados libres y soberanos, y todo esto sin tener ni barruntos o asomos de ciudadanía. La desafortunada elección de esta forma de gobierno en aquel momento histórico, llevó a una mayor fragmentación del país y a la manifestación de claras tendencias separatistas. Razones geográficas, etnográficas, lingüísticas y principalmente históricas, nos han llevado a la creación de un sentido regionalista cada vez más acentuado —no faltará quién lo llame micronacionalismo o mininacionalismo—. El fenómeno se refleja muy claro en la

supervivencia de las lenguas indígenas: Maya en Yucatán, Yaqui en Sonora, Tarasco en Michoacán, Mizteco y Zapoteco en Oaxaca, Huasteco en Tamaulipas y San Luis Potosí, Tarahumara en Chihuahua, Otomí en Querétaro, Tepehuán en Durango, etc. Junto con las diferencias en el lenguaje se advierten diferencias en trajes, tipos de habitación, comidas, costumbres, tradiciones, supersticiones, artesanías, música, danzas, en general en todo el folklore. Cada región del país tiene sus santuarios e imágenes predilectos y sus propios héroes y glorias, sus orgullos y vergüenzas; y hay celos y malquerencias entre pueblos y ciudades vecinas: México y Puebla, Aguascalientes y Zacatecas, Monterrey y Saltillo, Linares y Gualagüises. Cada entidad federativa tiene su propio y singular pasado indígena, su conquista, colonización y evangelización, su historia novohispana y su historia moderna y su historia contemporánea; los grandes traumas que dividen nuestra historia: Conquista, Independencia, Reforma y Revolución, han operado en cada una de ellas en grados y formas muy diferentes. Es por todo esto y mucho más que me callo, que en México la historia regional ha tenido una especial importancia y un gran desarrollo; la bibliografía es amplísima y la nómina de historiadores sería interminable, ya que cada uno de los estados de la federación o de las regiones naturales ha tenido y tiene sus historiadores particulares; y algunos, como Yucatán, Jalisco, Veracruz o Michoacán, en número realmente aplastante. Sólo vamos a mencionar a unos pocos de estos historiadores, y lo haremos un tanto al azar, sabiendo de antemano que estamos cometiendo omisiones imperdonables que nosotros somos los primeros en lamentar: Francisco Almada para el Noroeste, Vito Alessio Robles para Coahuila, Israel Cavazos Garza para Nuevo León, Joaquín Meade para la Huasteca, Primo Feliciano Velázquez para San Luis Potosí, Anastacio G. Saravia para Durango y la región Lagunera; Francisco Pérez Salazar para Puebla; Eligio Ancona y Rubio Mañé para Yucatán; Cornejo Franco, Luis Paez Brotchie, José López Portillo y Weber y José Ramírez Flores para Jalisco, etc., etc.

A pesar que he venido condensando en lo posible y evitando disquisiciones, me doy cuenta que el tema es de tal magnitud y complejidad, que no es posible encerrarlo en una conferencia; por eso, para terminar, ya sólo haré una especie de inventario dentro de los diferentes géneros o especialidades, anotando algunos nombres que, tal vez, no sean los más importantes o significativos.

En el estudio histórico de las instituciones, además de Silvio Zavala, mencionaremos a los notables juristas Toribio Esquivel Obregón, Lucio Mendieta y Núñez, Felipe Tena Ramírez y Raúl Carrancá y Trujillo.

En la historia diplomática a Isidro Fabela, Luis Medina Ascencio, Francisco Cuevas Cancino y al gran internacionalista Antonio Gómez Robledo.

En el campo de la interpretación histórica destacan Emilio Rabasa, el talentoso y apasionado Francisco Bulnes, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Daniel Cossío Villegas, quien con sus estudios sobre la República Restaurada y el Porfirismo, al que él llama Porfiriato, marca un nuevo rumbo a los estudios históricos en nuestro país y forma escuela, aunque muy dentro de la Historia Oficial.

En la historiografía figura en primerísima línea Ernesto de la Torre Villar, director de la Biblioteca Nacional, hombre erudito de cultura enciclopédica, escritor ágil y ameno; de la Torre Villar es uno de nuestros historiadores que con mayor y más selecto fundamento documental, talento y ecuanimidad, han estudiado la historia moderna de nuestra patria.

En la historia de las ideas tenemos, como precursores, a José Vasconcelos y a Antonio Caso; de gran significación en este campo es Samuel Ramos, quien con su libro *El perfil del hombre y la cultura en México,* inicia un curioso movimiento de interpretación de "lo mexicano". Lugar especial merece Leopoldo Zea con sus estudios sobre la filosofía en México, como *El positivismo en México* o *La filosofía del mexicano.* Añadiremos los nombres de Luis Villoro, Bernabé Navarro, Rafael Moreno, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo, Francisco Larroyo.

Uno de los géneros que siempre ha atraído, con especial atracción, a nuestros historiadores, desde los primitivos cronistas, hasta los escritores contemporáneos, es la biografía. Aquí la lista de autores sería interminable: Barajemos, al capricho, algunos nombres: Justo Sierra, Carlos Pereyra, Ezequiel A. Chávez, Mateo Solana, Villaseñor y Villaseñor, Ribera Cambas, Francisco Sosa, Eduardo Enrique Ríos, Francisco Bulnes, Luis Castillo Ledón, José C. Valadés, José Fuentes Mares, Alfonso Trueba.

Siguiendo las huellas de los novelistas románticos, Manuel Payno en el *Fistol del Diablo* y Vicente Riva Palacio en su *Libro Rojo* y sus novelas de ambiente novohispano, don Luis González Obregón y don Artemio del Valle Arizpe, nos deleitan con sus "Leyendas" a la manera de Ricardo Palma, mezcla abigarrada de recreación histórica y fantasía: más historiador don Luis, don Artemio más literato; pero ambos partiendo de valiosas fuentes documentales, logran transportarnos al pasado, logrando así una amplia y eficaz divulgación histórica. Añadiremos los nombres de Torres Quintero, Núñez y Domínguez y Genaro Estrada.

Cierro esta conferencia curándome en salud: el tema se sale de mi campo

de trabajo que es el Noreste de México en los siglos XVI y XVII; por ende, mis constantes lecturas son paleografiar viejos manuscritos o buscar referencias en los libros clásicos, ya sea de los antiguos cronistas o de los modernos historiadores; en otras palabras: confieso que no estoy al día en el tema y que mis lecturas de libros contemporáneos son accidentales y muy escasas. Ojalá y alguien con más autoridad y conocimientos, redondease este importante tema. Muchas gracias.